

SAN ROMÁN, FUNDADOR DE LOS MONASTERIOS DE MONTE-JURA, LLAMADO HOY DE SAN CLAUDIO

Día 28 de febrero

P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Román en el condado de Borgoña, hacia el año de 390: criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y así la niñez como la juventud la pasó con grande inocencia. Por la rectitud de su corazón y por la pureza de sus costumbres fue desde entonces respetado como santo. Tenía Román deseo verdadero de serlo, y pareciéndole que el mundo estaba lleno de escollos para la virtud, resolvió buscar más seguro abrigo para la inocencia en el retiro de la soledad.

Hallándose poco instruido en la vida monástica, desconocida entonces en aquel país, determinó ir en busca de un santo abad de Lyon, llamado Sabino, para aprender en su espiritual magisterio la ciencia de la salvación y los caminos derechos de la perfección evangélica.

Los grandes ejemplos que observó en aquella religiosa comunidad, le avivaron de nuevo los deseos de imitarlos. Enseñado en tan buena escuela, se retiró de ella con muchos aumentos de fervor, llevando consigo las vidas de los Padres y las instituciones de los abades, que se cree fueron las colaciones de Casiano.

Resuelto á practicar él solo todas las virtudes que admiraba en los otros, se fue á esconder entre las malezas del monte Jura, que separa el Franco-Condado

del país de los suizos, dentro de los términos de la diócesis de Lyon. Encontró entre aquellas empinadas montañas un valle llamado Condat, en medio del cual se elevaba un chopo de enorme corpulencia, cuyas ramas, horizontalmente extendidas y entretejidas entre sí, formaban una especie de techo bastante unido, así para no dar entrada á los rayos del Sol, como para defender de la lluvia. Al pie de él, ó no muy distante, brotaba una fuente de agua cristalina, rodeada de algunas zarzas, que producían cierta especie de frutilla como acerolas silvestres, de gusto desabrido y agrio. Determinó quedarse en aquel sitio, pasando en él algunos años en una perfecta soledad, tan olvidado del mundo, como el mundo había sido olvidado de él.

Empleaba una gran parte del día y la noche en meditar las grandes verdades de la religión, en cantar salmos y en considerarlas misericordias del Señor. Lo restante del tiempo lo ocupaba, ya en cultivar un corto espacio de tierra, ya en leer las vidas de los Padres y las instrucciones de los abades, pudiéndose decir que apenas interrumpía sus ejercicios el breve sueño y reposo que tomaba.

Ya había muchos años que nuestro Santo estaba como enterrado vivo en aquella horrorosa soledad, cuando una noche se apareció en sueños á su hermano segundo, llamado Lupicino, á quien había dejado en el mundo, convidándole á que le fuese á buscar para participar de las celestiales dulzuras que él gozaba en el desierto. Despertó Lupicino, y, movido de la visión, dejó á su madre y á su hermana y fue al instante á hacerse discípulo de su santo hermano.

Eran tan grandes los progresos que los dos fervorosos solitarios hacían en el camino de la virtud, que no era fácil los dejase tranquilos el enemigo común de

nuestra salvación. Refiere Gregorio Turonense, que el demonio intentó desviarlos del desierto con todo género de tentaciones; entre otras, siempre que se ponían en oración, caía sobre ellos una especie de lluvia de piedras. Salióle bien este nuevo artificio; porque, como los dos nuevos solitarios eran muy bisoños ó estaban poco aguerridos en aquella especie de combates, tomaron la resolución de desamparar aquel sitio, para buscar otro donde viviesen más sosegados. Iban ya de camino, y, habiéndose hospedado en casa de una buena mujer, noticiosa por ellos de la causa de aquel retiro, los representó con tal viveza el daño que se hacían en rendirse á la tentación, y los habló con tanto celo, que, avergonzados de su cobardía, volvieron pies atrás y en la misma hora se restituyeron á su antigua soledad.

Siguióse á esta generosa resolución nuevo aumento de fervor, extendiéndose tanto por todas partes el buen olor de su virtud, que en poco tiempo atrajeron un gran número de discípulos. Los primeros, que con no corto trabajo descubrieron el lugar donde estaban escondidos nuestros Santos, fueron dos jóvenes eclesiásticos de Noyon, á los que siguieron tantos otros, que fue menester edificar un monasterio , siendo éste el principio de la célebre abadía de Condat, llamada después de San Oyend, discípulo de nuestro Santo, y al cabo de San Claudio, obispo de Besanzon, que, habiendo renunciado el obispado, se retiró á ella, donde hasta hoy se conserva su santo cuerpo todo entero, haciendo el Señor por su intercesión gran número de milagros.

A la fama de los muchos que cada día obraban nuestros Santos en su desierto, concurrió tanta multitud de gente, que fue preciso edificar otro segundo monasterio en un lugar inmediato llamado Laucone; y aunque el humor y el genio de los dos santos hermanos era muy diferente, el Espíritu Santo los unió con tan

perfecta conformidad de voluntades, que ninguna cosa pudo jamás descomponer, ni aun alterar su armonía.

Lupicino era de genio austero y duro, severo para sí, y no menos severo para los otros, de una especie de rigidez inflexible; pero Román era su correctivo, siendo por su carácter afable, indulgente y dulce; á la verdad era austero para sí, pero suavísimo para los otros, de cuyas miserias sabía compadecerse.

Gobernaba cada uno de estos Santos separadamente su monasterio; pero la regla y el espíritu era uno mismo. No es fácil explicar el fervor, la soledad y la penitencia de aquellos santos religiosos; su piedad, el total desasimiento de todas las cosas, su continuo silencio y las demás virtudes que practicaban, era asunto de la admiración y de los elogios de toda la Francia; mas faltó poco para que el artificio del enemigo común diese en tierra con aquella santa obra.

Llegó un año más abundante que los demás, y, aumentándose las provisiones del monasterio, juzgaron algunos religiosos poco mortificados que también debía aumentarse la ración de los monjes. Comenzó la murmuración, y siguióse á ella el turbarse la paz del monasterio de Condat. Temiendo Lupicino que la demasiada blandura de su hermano no sería bastante para remediar aquel desorden, le propuso que por algún tiempo trocasen de gobiernos, que él se encargaría por algunos meses del de Condat, y que Román gobernase mientras tanto el de Laucone.

Consintió Román; pero apenas Lupicino comenzó á penitenciar á los monjes imperfectos, cuando en una sola noche se escapó del monasterio una gran parte de ellos. Con su fuga se restituyó la paz á la casa; pero Román se afligió tan extraordinariamente, que con sus lágrimas,

con sus oraciones y con sus gemidos movió á compasión al Padre de las misericordias, y consiguió de su piedad el arrepentimiento y la conversión de los fugitivos, que todos volvieron al monasterio llenos de un vivo dolor, y repararon después con su penitencia y con su fervoroso porte el escándalo que habían dado con su apostasía.

Hallábase, poco más ó menos, por este tiempo en Besanzon San Hilario, obispo de Arles, donde juzgaba podía ejercer toda la jurisdicción episcopal, en virtud de la primacía de las Galias, que pretendió competirle. Oyó hablar de la extraordinaria virtud de Román, y, deseando verle, le envió á llamar. En las conversaciones que tuvo con nuestro Santo, descubrió en él una santidad tan eminente, que, sin querer dar oídos á las representaciones de su humildad, le confirió los órdenes sagrados, y, hecho ya sacerdote, le volvió á enviar á su monasterio de Condat.

La nueva dignidad sólo sirvió para hacerle más humilde y para que sobresaliese más la religiosa sencillez de su conducta, sin que jamás se conociese que era sacerdote, sino cuando se le veía en el altar.

Pero, creciendo cada día el número de las personas que venían á ponerse debajo de su dirección y disciplina, fue preciso edificar otros monasterios. Y como, entre otras, deseasen también muchas doncellas consagrarse al Señor bajo el magisterio de Román, edificó para ellas el monasterio de Beaume, donde, cuando el Santo murió, se contaban ciento y cinco religiosas, gobernadas por una hermana del mismo Santo, que fue la primera abadesa.

Yendo Román á visitar el sepulcro de San Mauricio, que se venera en Agaune, con su compañero Paladio, les cogió la noche en el camino, y para pasarla se refugiaron

á una cueva, donde se recogían dos leprosos, padre é hijo, que á la sazón habían salido á buscar un poco de leña para hacer lumbre. Cuando volvieron quedaron admirados de ver en ella á los dos huéspedes; pero aun se asombraron mucho más cuando vieron que Román se abalanzó á abrazarlos y á besarlos, sin tener horror ni asco de su lepra. Pasaron en oración la mayor parte de la noche, como lo acostumbraban, y al mismo rayar el día se pusieron en camino. Los leprosos despertaron después, y se hallaron del todo sanos. Sabiendo que Román tomaba el camino de Genova, se adelantaron por otro más breve, y contaron á todos el milagro que acababa de obrar en ellos; que, siendo ambos muy conocidos de toda la ciudad, su vista era el testimonio más fiel de la maravilla. Con esto, el obispo y el pueblo le salieron á recibir al camino y le condujeron á Genova como en triunfo. Estas honras sirvieron de gran tormento á Román, y le obligaron á volverse cuanto antes á encerrar en su monasterio, donde pocos meses después, extenuado y casi consumido por sus grandes y continuas penitencias, lleno de merecimientos, rindió el espíritu á su Creador el 28 de Febrero del año 460, casi á los sesenta años de su edad, habiendo pasado más de treinta en el desierto.

Fue llevado el santo cadáver al monasterio de Beaume, adonde pasaron los religiosos de Condat á hacerle los funerales, continuando Dios en honrarle después de muerto con los mismos milagros con que le había honrado en vida. Los que juzgan que San Román fue religioso benedictino, no advierten que San Benito nació al mundo veinte años después que murió nuestro glorioso Santo.

Parece que la célebre abadía de Condat no tomó el nombre de San Román, por no haber quedado en ella su santo cuerpo, y que por la contraria razón se llamó la abadía de San Oyend, su tercer abad, hasta el siglo

decimotercero, por venerarse en ella las reliquias de este Santo, cuyo nombre perdió también finalmente, y se llamó de San Claudio, por los grandes milagros que comenzó Dios á obrar en el sepulcro de este santo obispo.

La Misa es del común de los abades, y la oración la que signe:

Suplicámoste, Señor, que la intercesión del bienaventurado abad San Román nos haga gratos á Vuestra Majestad, para conseguir por sus oraciones lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparación de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol para ganar á Cristo y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo; aquella justicia que viene de Dios por la fe para conocer á Jesucristo, y el poder de su Resurrección, y la participación de sus tormentos, copiando en mí la imagen de su muerte, á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurrección de los muertos; no porque ya lo haya conseguido ó sea ya perfecto, sino que camino para llegar de algún modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para Sí.

REFLEXIONES

No hay en la Tierra bien, no hay fortuna, sino la que se refiere á Dios, nuestro único y soberano bien. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Nada es ventajoso, sino lo que conduce para la salvación. El ilustre nacimiento ensoberbece; los grandes bienes de fortuna engríen el corazón; las dignidades, los empleos lustrosos deslumbran y atolondran; pero por poca religión que se tenga, á poca reflexión que se haga, ¿se podrá fundar mucho sobre estas imaginarias prosperidades? Aquellos que las despreciaron, aquellos héroes del Cristianismo, aquellos que, á ejemplo de San Pablo, miraron, apreciaron todo esto como si fuera un poco de estiércol, ¿se engañaron por ventura? ¿Y seremos nosotros prudentes si sentimos de estas cosas de otra manera que sintieron ellos?

Mira qué alto desprecio hace el apóstol San Pablo de todo lo que embelesa el corazón y el espíritu del mundo; grandes títulos, opulencia, delicias, dignidades, todo lo compara á la basura.

Todos somos discípulos de Cristo, rescatados por su preciosa sangre; pues pregúntese cada cual á sí mismo la parte que tiene en su dolorosa Pasión. ¿Represento yo en mí la imagen de su muerte? Pues, no siendo así, todos debemos esperar, cuando comparezcamos en su espantoso Tribunal, oír de su boca aquellas terribles palabras: Apartaos de Mí, que no sé quién sois, no os conozco.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temáis, pequeña grey, porque vuestro padre ha tenido á bien daros el Reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los Cielos

que no mengua, adonde no llega el ladrón ni la polilla le roe. Porque, donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

MEDITACIÓN

De la limosna.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la limosna en nuestra religión no es de simple consejo, sino de precepto. ¡Qué error tan grosero pensar que la caridad cristiana es obra de supererogación! Cristo nos intima un precepto expreso de dar limosna, y es tan riguroso este precepto que bastará no haberle cumplido para ser reprobados de Dios y para oír de su divina boca aquella formidable sentencia (*Matth., 25*): *Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno.—Y ¿por qué, Señor?—Porque tuve hambre y no me disteis de comer, porque estaba desnudo y no me vestísteis.* Es cierto que un Dios tan bueno y tan justo nunca reprobará al hombre por haber omitido sus consejos, sino por haber violado sus preceptos. Di ahora que la limosna es un acto de pura devoción.

En verdad os digo (Matth., 25), añade el Salvador del mundo, *que todo lo que hicieréis con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo lo hacéis.* Después de esto, ¿no es digno de admiración que haya pobres en la Iglesia de Dios, á quienes falta todo; que los haya en medio de unos cristianos, persuadidos á la verdad de un artículo que es de los más importantes y de los más bien fundados de nuestra religión, conviene á saber, que se hace con Dios lo que se hace con los pobres?

¡ Ah, mi Dios, y qué bien comprendo ahora la justa razón con que condenáis á los réprobos por no haber hecho bien al prójimo necesitado, por haberle negado la limosna, que, en suma, fue una injuria, fue una injusticia

que se hizo á vuestra persona; vergonzosa impiedad, de que me reconozco y me confieso demasíadamente culpable!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la limosna es una de las señales más ciertas de predestinación; como, al contrario, la dureza con los pobres es una muestra visible y poco dudosa de la reprobación eterna.

El fundamento más sólido de nuestra salvación es la misericordia de Dios. Pues ¿dónde se cementa mejor este fundamento que en la misericordia con los pobres? *(Matth., 15.) Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia. Con la medida que midiereis, con ésa seréis medidos. (Luc, 6.) Dad, y se os dará á vosotros con medida llena, apretada, y que rebose.*

¿Por ventura temes que te falte á ti por socorrer á los pobres? ¡ Ah, que la limosna es la que asegura los bienes, la que llena las casas de abundancia y la que perpetúa en ellas las prosperidades! Es preciso tener muy poca religión, es preciso un corazón durísimo para tener poca caridad con los pobres.

Mi Dios, grandísimo dolor es el mío por haber conocido hasta aquí tan poco y tan mal la poderosa virtud de un medio tan eficaz para salvarme. Si no me hallo en estado de dar mucho, espero que toméis en cuenta mi buena voluntad y el deseo de servirlos y de honrarlos en la persona de los pobres. ¿Será posible, Señor, que pudiendo hacerlos bien, haciéndoselo á ellos, dude siquiera un punto en ejecutarlo?

JACULATORIAS

Bienaventurado aquel que mira con compasión al

pobre y al necesitado.—Ps. 40.

Nunca padecerá necesidad el que socorre las necesidades del pobre.—Prov. 28.

PROPÓSITOS

1. ¿Quieres dejar muchos bienes á tus hijos, pasar los días de tu vida con la mayor abundancia, perpetuar el fruto de tus sudores y de tu industria, asegurar la prosperidad misma hasta una larga y dichosa prosperidad? Pues da toda la limosna que pudieres, sé generoso con los pobres, abre la bolsa á los necesitados. Pocos preceptos hay más positivos, y pocas recompensas hay más seguras. La limosna no sólo no ha empobrecido á persona alguna, sino que seguramente se puede decir que apenas hay fortuna bien cimentada, apenas hay larga prosperidad que no sea efecto de la caridad de los hijos ó de la limosna de los padres. Haz firme propósito desde hoy de no dejar pasar día alguno sin santificarle con alguna limosna.

2. Arregla las limosnas según tus bienes y tus rentas. ¿Qué has de dar á los pobres, si sólo piensas en hacer limosna de lo que te sobra? Poquísimos son los que creen que les sobra nada. Los que más gastan en el juego, en alhajas, en muebles, en equipajes y en convites son, por lo común, los que hacen menos limosna. Después de eso, ¿por qué nos admiramos de aquellas revoluciones de fortuna que sepultan en el polvo á los que no quisieron pagar á Dios el tributo de sus bienes? Determina á punto fijo lo que has de dar todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los días á aquel Señor de quien esperas todo, y á quien debes esos bienes y esa vida. Si los tiempos fueren desgraciados, por lo mismo has de ser más caritativo; ése es el medio de sentir menos los efectos de los malos temporales. En fin, has de

tener siempre una naveta separada, que se ha de llamar *el tesoro de los pobres*, donde, siempre que cobres parte de tus rentas ó de las ganancias que hicieres con el comercio, has de meter alguna cosa. Este fondo debe estar independiente de las limosnas ordinarias, y se llamará *el tesoro de los pobres*, porque se ha de destinar para asistirlos extraordinariamente en sus necesidades.